

sacerdotes y de los fariseos, á sus vanos subterfugios para eludir las consecuencias de los milagros que se veían forzados á reconocer, á la debilidad, al embarazo, á las contradicciones que descubrieran su mala fe, no se puede sospechar razonablemente que los evangelistas los hayan engañado.

» Primeramente, toda esta narracion lleva consigo caracteres de buena fe y de verdad, que no pueden ocultarse á ninguno que la lea atentamente. La conducta de los enemigos de Jesus se sostiene desde el principio hasta el fin: en ella se ven los progresos naturales de la envidia, del odio, de la rabia, de la ceguedad. Los sacerdotes y los fariseos, colocados en tales circunstancias y con las disposiciones que se les conocian, no debian ni podian obrar de otra manera. Mas, por muy natural que sea su conducta, nunca los historiadores sagrados hubieran podido inventar un carácter tan nuevo. En esta miscelánea, sin ejemplo hasta entonces, de hechos naturales y de hechos sobrenaturales, jamás hubieran llegado á la verosimilitud, si no se hubiesen adherido inviolablemente á la verdad.

» En segundo lugar, los autores del nuevo Testamento no escribieron mas que lo que los apóstoles habian dicho públicamente en Jerusalem, á la vista de los sacerdotes y de los fariseos; y no es permitido suponer que los apóstoles hayan sido tan imprudentes y al mismo tiempo tan torpes, que hayan imputado á los jefes de la nacion discursos y hechos enteramente opuestos á la conducta que se les habia visto observar.

» ¿Quereis, en fin, una prueba nada sospechosa de la opinion de los antiguos judios respecto á los milagros del Evangelio? Pues la hallaréis en los dos Talmudes de Babilonia y de Jerusalem, en los que se dice seriamente que Jesus habia sustraído ó robado el nombre inefable de Dios, que bastaba pronunciar para obrar los mayores prodigios. Ningun escritor de esta nacion se atrevió á desmentir á los evangelistas en los primeros siglos. Maimonides, el mas sabio y el mas juicioso de los rabinos, no responde al argumento tomado de los *milagros* de Jesucristo, sino sosteniendo que el Mesias no debia hacer *milagros*.

En todos tiempos los judios incrédulos han usado el lenguaje que los evangelistas ponen en boca de los sacerdotes y de los fariseos. Si los contemporáneos de Jesus hubiesen tenido por falsos sus milagros, si hubiesen alegado algun hecho, algun testimonio que tendiese á desvirtuarlos, los rabinos, herederos de su doctrina y de su odio contra el cristia-

nismo, se hubieran visto reducidos á buscar una explicacion de estos prodigios en la fábula ridicula referida por los compiladores del Talmud.

» VI. La religion cristiana ha hallado prosélitos y adversarios así entre los paganos, como entre los judios. Los primeros, lo mismo que los judios convertidos, son, en un verdadero sentido, otros tantos testigos de los milagros del cristianismo. Lo que hace á los demás, su incredulidad, así como la de los judios, puede haber tenido un diferente motivo que la falsedad reconocida de estos milagros. Es menester procurar descubrir cuál era su opinion en este punto; y con esta mira consultaremos no solamente sus propios escritos, sino tambien los escritos compuestos por los cristianos para la defensa de su religion.

» La opinion de los paganos respecto á los milagros de Jesucristo y de los apóstoles debe hallarse en las antiguas apologías del cristianismo; porque habiéndose propuesto los autores de estas apologías defender la fe cristiana contra los incrédulos de su tiempo, no se puede suponer que hayan pasado en silencio, y aun menos que hayan alterado lo que se hubiese objetado sobre un punto tan esencial; mas basta recorrer los antiguos apologistas, para ver que en los primeros tiempos las controversias entre las dos religiones no versaban sobre la realidad de los milagros. S. Justino, Atenágoras, Tertuliano, Minucio Félix, Origenes hablan de los milagros del Evangelio con confianza, como hechos averiguados que nadie les disputaba. Los idólatras se contentaban con oponerles los prodigios fabulosos de sus divinidades. Los filósofos buscaban en sus sistemas medios de evitar las consecuencias que de ellos sacaban los cristianos. Ni los unos ni los otros osaban aun contradecirlos abiertamente.

» En lo sucesivo, y á medida que se alejaba el origen del cristianismo, se fué haciendo la incredulidad mas atrevida. Vemos que Eusebio, S. Juan Crisóstomo, S. Jerónimo, S. Agustin, se creyeron obligados á defender la Historia evangélica contra los criticos de su tiempo. Mas estos criticos venian demasiado tarde, y S. Agustin tenia razon en oponerles la conversion del mundo, y en mirar como una especie de prodigio su obstinacion en negar unos hechos consagrados por la fe del género humano.

» A algunas personas acostumbradas al método y á los principios de la crítica moderna, les cuesta trabajo concebir por qué

los antiguos apologistas no insistieron mas fuertemente sobre las pruebas de los *milagros* de Jesucristo, y les falta poco para acusarlos de haber defendido mal la causa de la religion. Mas no se hacen cargo de que la defensa debe ser modificada por el ataque, y que hubiera sido inoportuno acumular razones para establecer lo que no era disputado ó combatido. Mas aunque hayamos perdido las obras de los antiguos adversarios del cristianismo, los fragmentos citados por Origenes, S. Cirilo de Alejandria y S. Jerónimo, bastan para hacernos ver que los paganos no pensaban entonces en impugnar los milagros de Jesucristo.

» Se acusa tambien á los antiguos apologistas de haber admitido los prodigios y los oráculos del paganismo. Se cree poder oponer esta confesion á la de los paganos en favor de los milagros del cristianismo. A lo menos se quiere inferir de ella que en esta controversia se han desconocido por una y otra parte los principios de la crítica.

» Yo respondo, en primer lugar, que no todos los antiguos PP. admitieron los prodigios y los oráculos del paganismo. Eusebio, en particular, los combate victoriosamente en su *Preparacion Evangélica*. Si la mayor parte no los negaron, fué porque tenian una respuesta mas expedita, mas popular y no menos decisiva. En lugar de examinar todos estos hechos uno despues de otro, lo que los hubiera llevado á una larga y fastidiosa discusion, se limitaron á probar que no podian ser mas que la obra de los malos genios, é hicieron avergonzarse á los paganos de las divinidades á quienes se los atribuian; manera de razonar muy legítima en sí misma, que estaba fundada sobre los principios de los adversarios, y tanto mas concluyente cuanto que atacaba á la idolatría en los objetos mismos de su culto.

» Mas sea lo que quiera de la opinion de los PP. respecto á los prodigios del paganismo, no se puede concluir nada de sus confesiones en favor de algunos hechos aislados que se perdian en una antigüedad fabulosa, y de los que no quedaba mas que un recuerdo tradicional, sin prueba cierta, sin monumento auténtico. No sucede lo mismo en cuanto á las confesiones y al silencio de los paganos respecto á los *milagros* del cristianismo, *milagros* recientes, apoyados sobre una tradicion cierta y sobre escritos contemporáneos, y cuyo exámen era tan fácil que debia parecer necesario á los defensores de la idolatría.

» Sin embargo el epicúreo Celso, uno de los mas ardientes y de los mas sabios adver-

sarios del cristianismo, lo reconoce expresamente, y á pesar de los principios de su filosofía, recurre á la magia para explicarlos. Él no quiere que se mire á Jesus como un Dios, por haber curado algunos ciegos y algunos cojos. Juliano habla con un desprecio afectado de los enfermos curados en los pueblos de Bethsaida y de Betania. Porfirio y otros filósofos, segun refiere Arnobio, colocaban á Jesus en el número de los magos. No se puede dudar que Filostrato no compusiese su romance de Apolonio de Tiano para oponerle á la Historia evangélica y para contrabalancear con los prodigios fabulosos de este impostor la impresion que hacian sobre los ánimos los *milagros* del cristianismo.

» Tal era en efecto la fama de Jesucristo entre los paganos, que el emperador Tiberio, informado por Poncio Pilato, propuso al senado colocarle en el número de los dioses. Este hecho, asegurado por Tertuliano, y en seguida por Eusebio, y además bastante conforme al carácter del politeísmo, ha parecido sospechoso á algunos criticos modernos. Mas las pretendidas improbabilidades que ellos alegan, no deben tener mas valor que unos testimonios tan positivos.

» Un escritor pagano atribuye á los emperadores Adriano y Alejandro Severo un proyecto semejante al de Tiberio. Segun Lampridio, Alejandro Severo quiso colocar al Cristo entre los dioses, y edificarle un templo; y que fué disuadido de ello por los arúspices, que le hicieron presente que todo el mundo se haria cristiano, y que los templos de los dioses serian abandonados. Adriano, continúa Lampridio, habia tenido la misma idea. En todas las ciudades se habian construido por sus órdenes templos sin ídolos, destinados á lo que se cree, á la ejecucion de este designio, y que se llaman aun *Adrianos*, del nombre de este príncipe, porque no están dedicados á ninguna divinidad.

» S. Justino y Tertuliano, en sus apologías, apelan á una relacion de la muerte y de los milagros de Jesucristo que Pilátos habia enviado á Tiberio. Esta relacion, ó estas actas de Pilátos, han sido celebradas en la antigüedad eclesiástica. Nosotros sabemos por Eusebio que el emperador Maximino, uno de los mas crueles perseguidores, hizo componer y esparcir en todo el imperio unas actas falsas bajo el nombre de Pilátos, llenas de calumnias y de invectivas contra Jesucristo. Las actas verdaderas habian desaparecido. Los paganos que las habian sustraído, tomaron el título de ellas para engañar á los ignorantes. Mas estas falsas actas, cuya im-

postura no fué á los cristianos muy difícil demostrar, prueban á lo menos que las habia habido verdaderas, como lo dicen S. Justino y Tertuliano. Fabricio recogió en sus *Apócrifos* dos cartas de Pilátos á Tiberio. Estas dos piezas son modernas y tienen caracteres manifiestos de suposición.

» Calcidio, en su *Comentario sobre el Timeo de Platon*, habla de la estrella que condujo á unos sabios de la Caldea á los piés de un Dios que acababa de nacer.

» En las *Saturnales* de Macrobio se halla una expresion del emperador Augusto, que confirma lo que dice S. Mateo del degüello de los niños nacidos en Belen y sus cercanías. Vale mas, decia este príncipe, ser el puerco de Heródes que hijo suyo. Se le habia referido que un hijo de Heródes habia sido envuelto en la matanza general, lo cual no dice el Evangelista. Este pasaje de Macrobio es importante, en primer lugar porque destruye el argumento negativo tomado del silencio de Josefo, y sobre todo porque el hecho de la matanza de Belen está necesariamente ligado con los prodigios que, segun la narracion de S. Mateo, acompañaron al nacimiento de Jesucristo. ¿Cuántos testimonios colaterales, semejantes á este, no podríamos nosotros citar en favor de la Historia evangélica, si todos los escritos de los paganos hubiesen llegado hasta nosotros?

» Flegon, liberto del emperador Adriano, citado en la *Crónica* de Eusebio, hace mencion del eclipse, ó por mejor decir del oscurecimiento del sol y de los temblores de tierra que señalaron el momento en que Jesus espiró. Habla de este eclipse como de un fenómeno de que no habia ejemplo, porque en efecto tuvo lugar en tiempo de luna llena, y se refiere al año cuarto de la olimpiada 202, que es el mismo año de la muerte de Jesucristo. Thrallus, otro escritor pagano del primer siglo, citado tambien por Eusebio, dice esto mismo. Tertuliano, en su *Apologético*, asegura que este prodigio habia sido conocido en Roma, y consignado en los registros públicos. *Eum mundi casum relatum in archivis vestris habetis.*

» Las confesiones forzadas, ó el silencio no menos concluyente de los judíos y de los paganos, nos suministran, pues, una nueva prueba de estos *milagros*, tan bien probados ya por la naturaleza de los hechos, por el número de los historiadores originales, por el carácter de los testigos, á quienes no se puede sospechar de error ni de impostura, atendido el efecto que ellos produjeron sobre

un número infinito de espectadores. ¿Qué historia será mirada como auténtica y cierta, si la Historia del Evangelio no lo es?] »

Bien conocido es el argumento de S. Agustin para probar que, de cualquier modo que se tome, es indispensable admitir *milagros* en el establecimiento del cristianismo. O los apóstoles, dice, hicieron *milagros* para persuadir á los judíos y paganos los misterios y acontecimientos sobrenaturales que predicaban, ó los pueblos creyeron sin *milagros* las cosas que deben parecerles mas increíbles del mundo; y en este caso su misma fe es el mayor de todos los *milagros*. *De Civit. Dei*, l. 22, c. 5. Tambien es de notar que este razonamiento es igualmente aplicable al establecimiento del judaísmo y al de la religion de los patriarcas. ¿Cómo pudiera un hombre como Moisés, en medio de los errores que infestaban á todos los pueblos, persuadir sin *milagro* la unidad de Dios, su providencia universal, etc., á un pueblo tan grosero, tan intratable y tan propenso á la idolatría, y hacerle admitir leyes onerosas, que debian hacerle odioso á todas las demás naciones? Supuesta la propension universal de todos los pueblos al politeísmo y á la idolatría en unos siglos en que aun no se trataba de la filosofía, ¿cómo se halla una cadena de familias patriarcales que hicieron constantemente profesion de adorar un solo Dios, y le dieron un culto puro, si el mismo Dios no las instruyó y preservó milagrosamente del error? Hé aquí dos grandes fenómenos que jamás se explicarán por medios naturales, y que la Sagrada Escritura nos hace concebir con la mayor claridad por medio de una revelacion sobrenatural concedida por Dios desde el principio del mundo.

El don de los *milagros* no se limitó á la mision y predicacion de los apóstoles. S. Pablo asegura, ó por lo menos supone que era comun entre los fieles, 1^a *Epist. á los Corint.*, xii, xiii y xiv; y los PP. de la Iglesia son testigos de que continuó en los siglos siguientes.

S. Justino, *Apol.* 2, n. 6; *Dial. cum Tryphone*, n. 82, asegura que los demonios se lanzaron en nombre de Jesucristo, y que el espíritu profético pasó de los judíos á los cristianos. S. Ireneo añade que muchos curan las enfermedades con la imposición de manos, y que algunos resucitaron los muertos. *Adv. Hær.*, l. 2, c. 56 y 57. Tertuliano pone por testigos á los gentiles de la potestad que ejercian los cristianos para lanzar los demonios. *Apol.*, c. 23; *ad Scapulam*, c. 2. Asegura Origenes haber visto muchos enfermos que

curaron por la invocacion del nombre de Jesucristo y la señal de la cruz. *Contra Celsum*, lib. 3, n. 24, etc.; Eusebio, *Demonst. Evang.*, l. 3, p. 109 y 132; Lactancio, *Divin. Instit.*, l. 4, c. 27. S. Gregorio de Nazianzo y Teodoreto aseguran tambien lo mismo. S. Gregorio de Neocesarea fué llamado *Taumaturgo* por sus muchos *milagros*. S. Ambrosio refiere como testigo de vista los *milagros* que sucedian en el sepulcro de los santos mártires Gervasio y Protasio, y S. Agustin los que hacian en su tiempo las reliquias de S. Estéban. *L. 22, de Civit. Dei*, c. 8, etc.

Se prueba tambien la realidad de estos *milagros* por la acusacion de magia repetida con tanta frecuencia por los paganos contra los fieles, y por el empeño de los filósofos del siglo IV en querer hacer *milagros* por la teúrgia, para oponerlos á los de los cristianos.

Los protestantes se ven muy embarazados en esta ocasion; conocen lo imposible que es el recusar todas estas pruebas sin atentar contra la solidez de los testimonios que prueban los *milagros* de Jesucristo y de los apóstoles; y que por otra parte no se puede dar crédito alguno á los *milagros* de los tres ó cuatro primeros siglos, sin dar crédito tambien á los respetables escritores que testifican la verdad de los *milagros* que se hicieron en la Iglesia romana en los siglos posteriores. Middleton, autor inglés, en el año de 1749 tomó el partido de sostener que, desde el tiempo de los apóstoles, no se habian hecho *milagros* en la Iglesia, dando por razon: 1^o que los PP. que dicen que se hacian en su tiempo, eran hombres crédulos y sin crítica; podia haber añadido que fueron acusados generalmente por los protestantes de fraudes piadosos y de la mala fe; que si debiéramos creer estos pretendidos *milagros* que citan los PP., seria preciso admitir tambien los que quieren introducir los católicos en apoyo de sus opiniones. Esta obra hizo mucho ruido, y fué refutada por muchos protestantes.

Mosheim, en su *Historia cristiana*, siglo II, § 20, nota, acusa á Middleton de haber querido poner en duda con este modo de hablar los *milagros* de Jesucristo y de los apóstoles. Le representa que no se necesita mucha crítica para juzgar si un *milagro* que se presencié es verdadero ó falso; que una acusacion general de credulidad é incapacidad hecha contra los PP., es temeraria y nada prueba. No se hizo cargo de que lo mismo se puede responder á la acusacion de mala fe, que él repite con mucha frecuencia contra los PP. en general. Tampoco responde nada al para-

lelo que se puede hacer entre las pruebas que aseguran los *milagros* de los tres ó cuatro primeros siglos, y las que nosotros alegamos de los *milagros* que se hicieron en los siglos posteriores. Sin embargo, el argumento de Middleton merecia la pena de disolverle.

Algunos otros protestantes respondieron, que bien pudieron hacerse *milagros* en la Iglesia romana para confirmar las verdades generales del cristianismo, sin que nada se infiera en favor de los dogmas particulares de esta Iglesia. Pero los *milagros* hechos por la Sagrada Eucaristia, por la invocacion de los santos, y por el tacto de sus reliquias, confirman sin duda la creencia de los católicos respecto á estos diferentes objetos. No pudo Dios confirmarlos con *milagros* en una fe y una confianza fundada en errores; y es preciso tener presente que muchos *milagros* obrados de este modo son testificados por los mismos autores de los siglos III y IV, cuyo testimonio no se atreven á recusar absolutamente los protestantes.

Por otra parte, los incrédulos oponen á nuestras pruebas la respuestas que daba Minucio Félix á los paganos, cuando ponderaban los pretendidos *milagros* de sus falsos dioses. « Si todo esto, les decia, hubiera sucedido en otro tiempo, sucederia tambien ahora; pero estos prodigios nunca se verificaron, porque es imposible que se verifiquen. »

Nosotros sostenemos que esta máxima no se puede aplicar á los *milagros* que prueban la verdadera religion.

Les *milagros* del paganismo no pudieron verificarse:

1^o Porque los mas eran verdaderos crímenes; suponian que muchas personas habian sido castigadas, convertidas en animales ó en árboles, por las acciones mas inocentes, ó por no haber querido prestarse á las pasiones brutales de los dioses.

2^o Porque estos pretendidos *milagros* no tenian por objeto el inclinar á los hombres á la virtud, sino confirmarlos en la práctica de una religion evidentemente falsa, absurda é injuriosa á la Divinidad, ó satisfacer las pasiones injustas de las naciones ó de los particulares.

3^o Entre estos prodigios habia muy pocos que pudiesen mirarse como beneficios; al contrario, la mayor parte eran efectos de la cólera de los dioses mas bien que de su benevolencia. Todos suponian que el gobierno de este mundo estaba entregado al capricho de una multitud de genios extravagantes, viciosos y maléficis, muy poco unidos entre sí, etc. ¿Pueden hacerse los mismos reparos

contra los *milagros* que alegamos en favor de nuestra religion?

Minucio Félix tenía mucha razon en decir que si los dioses hubiesen hecho en otro tiempo tantos *milagros*, y eran tan poderosos como pretendian los paganos, debieran haber hecho resultar su poder á principios del cristianismo, y multiplicar los *milagros* para prevenir la caída de su culto que nuestra religion iba destruyendo poco á poco; y esto es lo que cabalmente no hemos visto. Pero en el dia exigirian contra toda razon los incrédulos que se hiciesen nuevos *milagros* en confirmacion del cristianismo, puesto que está suficientemente probado por la inmensa multitud de los que se hicieron desde el principio del mundo hasta nosotros. También se puede decir de los incrédulos modernos lo que se dijo de los antiguos; que *aun cuando viesen resucitar á los muertos, no creerian*. *Evang. de S. Luc.*, xvi, 31. Hay muchos que hicieron expresamente esta declaracion.

Así pues, sin ninguna razon objetan que si Moisés hubiera hecho tantos *milagros* como aseguran, no se hubieran obstinado los egipcios en perseguir á los hebreos, ni estos se hubieran rebelado tantas veces contra Moisés; que si Jesucristo y los apóstoles hubiesen hecho *milagros* tan frecuentes y tan visibles, no hubiera quedado un solo incrédulo entre los judíos ni entre los paganos. La obstinacion de los incrédulos de nuestros dias nos hace conocer demasiado la de los antiguos. Un *milagro*, por visible que sea, no convierte á los hombres sin una gracia interior que los haga dóciles, y no hay ninguna gracia que no puedan resistir los corazones endurecidos. Cuando un *milagro* hace muchas conversiones, debe sorprendernos esta conversion de los entendimientos y corazones tanto como lo prodigioso y sobrenatural del *milagro*, y como la interrupcion del curso de la naturaleza. Véase la *Disertacion sobre los milagros en la Biblia de Aviñon*, t. 2, pág. 23.

*[VII. ¿Es verdad que desde el tiempo de los apóstoles, y sobre todo en nuestros dias, sean raros los milagros en la Iglesia?

El don de los milagros no estaba ligado exclusivamente, ni á la persona de los apóstoles, ni á la duracion de su mision. La promesa que de ellos habia hecho el Salvador en general á aquellos que creyesen en él, excluye por sí misma todo limite de persona y de tiempo. La historia atestigua el cumplimiento de esta promesa. S. Pablo supone que el don de los milagros era comun entre

los fieles, *I Cor.*, v. 12, 13, 14, y los santos PP. nos son testigos de que continuó en la sociedad cristiana durante muchos siglos. Ellos hablan con toda seguridad de los prodigios que se obraban públicamente en las iglesias; y hablan de ellos, no una vez y como de paso, sino frecuentemente y como de un poderoso motivo para creer en Jesucristo. San Justino, *Apól.* 2, núm. 6, *Dial. c. Tryph.*, núm. 82, asegura que los demonios son arrojados en el nombre del Salvador, y que el espíritu profético ha pasado de los judíos á los cristianos. S. Ireneo añade que muchos fieles curan los enfermos con la imposicion de las manos, y que algunos han resucitado á los muertos. *Adv. Hær.* Tertuliano pone á los paganos por testigos del poder que tienen los cristianos de arrojar á los demonios. *Apol.*, cap. 23. En el siglo III, atestigua Orígenes que vió muchos enfermos curados por la invocacion del nombre de Jesucristo y por la señal de la cruz. *Cont. Cels.*, lib. 2, núm. 24. S. Cipriano, Minucio Félix, Eusebio, Lactancio, S. Jerónimo, san Gregorio de Nanzianzo, y hasta en el siglo V, Teodoreto y S. Cirilo de Alejandria hablan del mismo modo. A estos testimonios generales seria fácil reunir muchos hechos particulares confirmados por los autores mas graves: el de la legion Tebea en tiempo de Marco Aurelio, que refieren Tertuliano y Eusebio; los de san Gregorio, llamado el Taumaturgo ó Hacedor de milagros, á causa de la multitud de los que obraba, que atestiguan á la vez S. Basilio, S. Gregorio de Nisa, Eusebio y S. Jerónimo; los de S. Antonio, de S. Hilario, de S. Martin, que refieren S. Atanasio, S. Jerónimo, Severo Sulpicio y muchos otros. S. Ambrosio y S. Agustin dicen haber visto con sus propios ojos las curaciones obradas por las reliquias de S. Gervasio y S. Protasio. El último de estos dos PP. atribuye á las de S. Estéban una multitud de milagros, y entre otros, setenta que habian tenido lugar en su diócesis de Hipona, y algunos en su presencia en el curso de dos años. Entre estos milagros habia la resurreccion de tres muertos. Pasaremos en silencio el que impidió á Juliano el reedificar el templo, y que es referido, no solamente por los escritores eclesiásticos de la época, sino tambien por Ammiانو Marcelino, admirador de Juliano su amigo, y cuya veracidad histórica es generalmente reconocida. En fin, ¿qué cosa mas aseverada que los milagros de S. Agustin de Cantorbery hácia el fin del siglo VII? Ellos fueron inscritos sobre su tumba, y en la historia del venerable Beda tenemos la epis-

tola de S. Gregorio á Eulogio, patriarca de Alejandria, en la que hace la relacion de ellos y los compara á los de los apóstoles. *Epist. S. Greg.*, lib. 7. El mismo S. Gregorio escribe tambien á S. Agustin para prevenirle contra la vanagloria, y recordarle que Dios le comunicaba su poder para la conversion de la nacion inglesa.

La historia de la edad média nos presenta una multitud de milagros igualmente ciertos. S. Bernardo refiere los de su amigo S. Malaquías; mas él mismo los obró en mucho mayor número: la Francia, la Alemania, la Suiza y la Italia han dado testimonio de ello. Nosotros tenemos, entre otras, tres vidas de este santo ilustre, escritas por tres autores contemporáneos: Geofredo, su secretario; Guillermo, abad de Thierry; y Arnaldo, abad de Bonnevaux, y algunas veces refiere él mismo en sus obras las maravillas que Dios hizo por su ministerio.

Los *milagros* de S. Francisco Javier pueden competir con los de san Bernardo por su número, nombradía y publicidad; y aunque tuvieron lugar en países lejanos, fueron comprobados y reconocidos poco despues de su muerte, no solamente por los europeos de diferentes religiones que se hallaban en las Indias (véase la *Vida del Santo, por Bouthours*), sino tambien por los naturales, así paganos, como mahometanos; *idem*. Trescientos testigos, jurídicamente examinados atestiguaron los milagros de S. Felipe de Neri, contemporáneo de Javier. *Vida de los santos, Butler*, 26 de mayo. El siglo siguiente fué ilustrado por los de S. Francisco de Sales, véase su *vida por Marsolier*, y tambien de S. Francisco de Régis. Véase su *vida por Dautanton*, y el *Compendio de Butler*, 16 de junio. Detengámonos un poco: nuestra tesis está bastante probada, y sin embargo no hemos producido mas que una parte de nuestras pruebas. La Historia eclesiástica, las vidas de nuestros santos, y especialmente las actas de su canonizacion, nos suministrarían una multitud de ellas que nada tendrían que temer de la crítica mas exigente.

VIII. ¿Conviene á la Sabiduría divina que los milagros sean igualmente numerosos en todas las épocas de la Iglesia?

Los *milagros* son esencialmente unas derogaciones de las leyes generales del mundo físico; por lo tanto son esencialmente unas excepciones de orden comun, y de consiguiente su utilidad debe ser la única razon de su existencia; ahora bien, la Sabiduría divina es el único juez y soberano de esta utilidad. Con todo eso, la razon humana

tiene mas de un dato sobre el particular.

Antes que el mundo creyese, dice S. Agustin, *de Civ.*, l. 22, c. 8, n. 1º, eran necesarios los *milagros* para atraer á los hombres á la fe. El gran tránsito de los errores y de la licencia del paganismo á los misterios y á la moral del Evangelio no podia efectuarse sin pruebas evidentes de la divinidad del cristianismo; mas publicado ya el Evangelio, establecida la fe, y convertido el universo, estaba lleno el objeto de los *milagros* y conseguido su fin; se podria añadir, y habia llegado su término. Con todo eso, el don de los *milagros* quedó en la Iglesia; Dios los obró aun despues para propagar ó afirmar la fe: mas decir que son aun necesarios en general, seria poner en problema la existencia ó el carácter sobrenatural de los que sirvieron para el establecimiento del cristianismo. Mas la cosa está juzgada y es incontestable; este juicio es la obra de las naciones y de los siglos, y cada uno puede en caso de necesidad examinar aun los motivos en que se funda. Si la religion es atacada, le basta para defenderse mostrar sus primeros títulos de posesion. ¿Qué puede exigir aun el incrédulo? ¿El ser él mismo testigo de los *milagros* sobre que descansan las bases de la fe cristiana? Mas si este derecho pertenece á un solo hombre, pertenece tambien á todos; ¿y que vienen á ser entonces las leyes generales del universo? Los *milagros* ocuparán su lugar; pero por lo mismo pierden su carácter propio, y dejan de ser *milagros*.]

Milenarios. En los siglos II y III de la Iglesia, se llamaron así los que creían que al fin del mundo volvería Jesucristo á la tierra, y establecería un reino temporal por mil años, en el cual los fieles gozarían de una felicidad temporal, esperando el dia del juicio y felicidad aun mas perfecta en el cielo: los griegos los llamaron *chiliastas*, sinónimo de *milenarios*.

Fundaban esta opinion en el cap. 20 del *Apocal.*, donde se dice que los mártires reinarán con Jesucristo mil años. Pero fácil es convencerse de que esta especie de profecía, muy oscura en sí misma, no debe tomarse literalmente. Papias, obispo de Hierópolis, y discípulo de S. Juan Evangelista, es tenido generalmente por autor de esta opinion; pero Mosheim prueba que vino de los judíos. La siguieron muchos PP. de la Iglesia, como S. Justino, S. Ireneo, Népos, Victorino, Lactancio, Tertuliano, Severo Sulpicio, Q. Julio Hilarion, Comodiano, y otros menos conocidos. Importa mucho tener presente que hubo dos especies de *milenarios*; unos, como Ce-

rinto y sus discípulos, decían que en el reino de Jesucristo sobre la tierra gozarían los justos de una felicidad corporal, que fijaban principalmente en los placeres sensuales; nunca los santos PP. abrazaron un sistema tan grosero; al contrario, le tuvieron siempre como un error. Y aun por esta razón titubearon muchos sobre si debían poner el Apocalipsis entre los libros canónicos, temiendo que Cerinto hubiese sido su autor, y le hubiese suplantado en nombre de S. Juan con ánimo de acreditar su error.

Los otros creían que en el reino milenarío gozarían los santos de una felicidad mas bien espiritual que corporal, y excluían de ella los placeres sensuales. Pero debemos notar: 1º Que la mayor parte no miraban esta opinión como un dogma de fe; y S. Justino, que era uno de los que la seguían, dice expresamente que había muchos cristianos piadosos, y de una fe pura, que eran de la opinión contraria. *Dial. cum Tryph., núm. 80.* Si después añado que todos los cristianos que piensan como deben, son del mismo parecer, habla de la resurrección futura, y no del reino de mil años, como lo notan muy bien los editores de S. Justino. Barbeyrac, pues, y los que él cita, piensan mal cuando dicen que estos PP. sostenían el reino de mil años como una verdad apostólica. *Tratado de la moral de los PP., cap. 1, p. 4, núm. 2.*

2º La razón principal que tuvieron los PP. para creer este reinado, fué que les parecía tener alguna conexión con el dogma de la resurrección general; los herejes que refutaban el uno, negaban también el otro. Esto se ve claramente en el citado pasaje de S. Justino, y en lo que dice S. Ireneo, *Adv. Hær., lib. 3, cap. 31, núm. 1.* Así, cuando trata de herejes á los que no son de su modo de pensar, aunque pasan, dice, por hombres de una fe pura y ortodoxa, esta censura no tanto recae sobre los que negaban el reino de mil años, cuanto sobre los que refutaban la resurrección de la carne, como los valentinianos, los marcionitas y los otros gnósticos.

3º Esta opinión está muy lejos de haber sido unánime entre los PP. Orígenes; Dionisio de Alejandría, su discípulo; Cayo, presbítero de Roma; S. Jerónimo y otros, escribieron contra el pretendido reino de mil años, y le refutaron como fabuloso. Por lo mismo no es cierto que esta opinión se funde en la tradición mas respetable, porque los PP. no forman tradición cuando disputan entre sí sobre un punto cualquiera. Los protestantes no acertaron á elegir este ejemplo para deprimir la autoridad de los PP. y de la tradición, y

los incrédulos, que copian á los protestantes, manifestaron en esta materia bien poco discernimiento. Mosheim hizo ver que había entre los PP. por lo menos cuatro opiniones distintas sobre el pretendido reino de mil años. *Hist. crist., siglo III, § 38, nota.*

Algunos autores hablan de otra especie de milenarios, quienes sostenían que de mil en mil años había en el infierno una cesación de penas para los condenados; este delirio se fundaba también sobre el Apocalipsis.

Militante (Iglesia). Tomando la palabra Iglesia en su mayor extensión, se distinguen la Iglesia militante, que es la sociedad de los fieles sobre la tierra, la Iglesia purgante ó paciente, que son las almas de los fieles que están en el purgatorio, y la Iglesia triunfante, que se compone de los bienaventurados en el cielo. La primera se llama militante, porque la vida del cristiano sobre la tierra se mira como una milicia, ó un combate que debe sostener contra el mundo, contra el demonio y contra sus propias pasiones. V. IGLESIA.

Mineanos. Este nombre da S. Jerónimo á los nazareos, en la carta 87, y los tiene por una secta de judíos. Véase NAZAREOS. Los rabinos del día llaman *minnim* ó mineanos, á las herejías y á los herejes, todos los que tienen una religión diferente de la suya: esta palabra hebrea nos parece sinónima de secta, separación, cisma.

Mingrelianos. Pueblos del Asia que habitan la antigua Colquida, ó los países situados entre el mar Negro y el mar Caspio: vamos á tratar de su religión.

Es casi la misma que la de los griegos, aunque es un cristianismo corrompido. Algunos historiadores eclesiásticos dijeron que el rey, la reina y los grandes de la Colquida, en Iberia, fueron convertidos á la fe por una jóven esclava, en tiempo del emperador Constantino. Sócrates, *lib. 1, cap. 20;* Sozomeno, *lib. 2, cap. 7.* Otros dicen que estos pueblos deben el conocimiento del cristianismo á un tal Cirilo, á quien los esclavones llaman en su lengua *Chiusi*, que vivía hacia el año de 806. Acaso se habría extinguido la religión en este país en el tiempo que pasó desde el siglo V al IX. Los mingrelianos muestran en la costa, cerca del río Corax, una gran iglesia en la cual aseguran que predicó S. Andrés; pero es apócrifo este hecho. El primado ó principal obispo de la Mingrelia va á esta iglesia una vez en la vida á consagrar el óleo ó el sagrado crisma, que los griegos llaman *myron*. Antiguamente reconocían estos pueblos al patriarca de Antioquia; pero ahora

están sujetos al de Constantinopla. Tienen sin embargo dos primados de su nación, á quienes llaman *católicos*, el uno para la Georgia, y el otro para la Mingrelia. En otro tiempo tenían doce obispados, pero en el día solo tienen seis, porque los otros seis se convirtieron en abadías.

Lo que dicen algunos viajeros de las riquezas del primado y obispos *mingrelianos*, de la magnificencia de sus vestiduras, de las extorsiones que hacen y de las sumas que exigen por la misa, por la confesión, por la ordenación, etc., no conviene con los que otros nos refieren de la pobreza de este pueblo en general; es de presumir que haya exageración por ambas partes. Mucho mas creíble es lo que nos refieren respecto á su ignorancia y á la corrupción del clero en general, y aun de los particulares de toda esta nación. Dicen que los obispos, aunque muy desatregados en sus costumbres, se tienen sin embargo por hombres regulares, porque no comen carne, y ayunan exactamente la cuaresma, dicen misa segun en el rito griego, aunque con pocas ceremonias y mucha irreverencia; que los sacerdotes pueden casarse antes y después de su ordenación, y luego pasar aun á segundas nupcias, obteniendo dispensa; que los obispos van á cazar y á la guerra con sus soberanos, etc.

Tan pronto como nace un niño, le unge un sacerdote en la frente, y se difiere su bautismo hasta que tiene cerca de dos años de edad; entonces bautizan el niño sumergiéndole en agua caliente, le ungen en casi todas las partes del cuerpo, y le dan un poco de vino y pan bendito. Estos sacerdotes tampoco observan con exactitud la forma del bautismo; y en lugar de agua se valen muchas veces de vino para bautizar los hijos de personas distinguidas. Cuando un enfermo los llama, no le hablan de confesión, sino que buscan en un libro la causa de su enfermedad, y suelen regularmente atribuir la á la cólera de algunas de sus imágenes, y tratan de calmarla con ofrendas.

Hay en Mingrelia religiosos del orden de S. Basilio que se llaman *berres*; visten como los monjes griegos, y observan la misma vida. El mayor abuso y mas vituperable es que los padres y madres de aquel país tienen facultad para obligar á sus hijos de tierna edad á tomar este estado cuando aun son incapaces de elegirle. También hay religiosas de esta misma orden que observan los mismos ayunos y la misma abstinencia que los monjes, y llevan un velo negro; pero no guardan clausura ni hacen votos, y pue-

den renunciar su estado cuando les plazca.

Las iglesias catedrales tienen bastante aseo, y sus adornos consisten en imágenes pintadas, y no de relieve, enriquecidas, segun dicen, con muchas joyas de oro y pedrería; pero las iglesias parroquiales están muy descuidadas. Añaden que los *mingrelianos* tienen muchas reliquias preciosas que les llevaron los griegos cuando los turcos tomaron á Constantinopla; entre otras un pedazo de la verdadera cruz, de ocho pulgadas de largo; pero la buena fe de los griegos en materia de reliquias fué siempre algo sospechosa.

No se necesita mas para formar juicio de que los *mingrelianos* componen una nación ignorante, supersticiosa y corrompida, cuya religión consiste únicamente en prácticas exteriores y las mas abusivas. Tienen cuatro cuaresmas, una de cuarenta y ocho días antes de Pascua, otra de cuarenta antes de Natividad, otra de un mes antes de la fiesta de S. Pedro, y la cuarta de quince días en honor de nuestra Señora. Su gran santo es S. Jorge, que es también el patrono particular de los georgianos, de los griegos y de los moscovitas. Dan á las imágenes un culto que es difícil no calificarle de idolatría: les ofrecen astas de ciervo, colmillos de jabalí, alas de faisán, y armas para tener un feliz suceso en la caza y en la guerra. Dicen que también celebran, como los judíos, sacrificios sangrientos, que inmolan víctimas y las comen juntos, que degüellan animales sobre la sepultura de sus padres, que derraman sobre ellas vino y aceite, segun la antigua costumbre de los paganos. No comen carnes lunares en honor de la luna, y guardan fiesta los viernes. Son muy ladrones; el latrocinio no se tiene en este país por un crimen, sino por una destreza que no deshonra; al que se halla convicto de robo, solo se le castiga con una pequeña multa.

Los teatinos de Italia establecieron en Mingrelia una misión en el año de 1627, igualmente que los capuchinos en Georgia y los dominicos en Circasia; pero el poco fruto de sus misiones les hizo descuidarlas, y aun abandonarlas enteramente. Se deja conocer que unos pueblos que añaden á las preocupaciones y á la antipatía de los griegos los errores mas groseros en materia de religión, no están muy dispuestos á oír con docilidad á los misioneros latinos. D. Jose Zampi, teatino, *Relacion de Mingrelia;* Cerry, *Estado presente de la Iglesia romana;* Chardin, *Viaje de Persia,* etc.

Mínimos. Religiosos fundados en Calabria por S. Francisco de Paula en el año de